

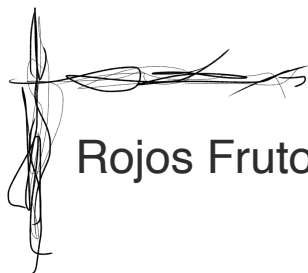
P²₊₃



Hasta que la tierra aguante.

Santi Donaire

“Ruta de la soja”



Rojos Frutos

“...el proyecto ha ido más allá de la mera representación, convirtiéndose en un mediador entre mundos que raramente dialogan en igualdad de condiciones”

“Ya no reconocemos nuestra tierra. Todo está hecho para el dinero y se han olvidado de las personas que vivimos aquí”

“¿Dónde fueron a parar los pájaros?.

Esa fue la pregunta que mi abuela me hizo hace unos años un día de primavera. Estábamos en nuestra tierra, Jaén, caminando entre los olivos centenarios que pueblan nuestra provincia. Desde que era zagal, como se dice en Jaén, salía a pasear con mi abuela por el mar de olivos.

Nuestro juego era contar e identificar la fauna y flora que nos encontrábamos: plantas aromáticas, pájaros, insectos o cultivos que los lugareños sembraban entre los majestuosos olivos. Sin embargo, apenas tres décadas después mi abuela se sorprendía porque ese universo biológico había desaparecido. Ya no había el olor del tomillo, ni el zumbido de las abejas ni el cantar de los pájaros. ¿Qué había pasado?

¿Cómo y por qué el bosque de olivos había pasado de vergel a desierto? También me volví a casa habiendo inundado el baño del hotel. Intenté paliar el desastre colocando toallas cuando me di cuenta de que la cosa era grave: el agua había pasado del baño a la habitación mientras me duchaba.

Sin embargo, cuando se trabaja desde casa, cuesta más poner la distancia intelectual y social suficiente para poder ver aquello que los anglosajones denominan como la *big picture*, la imagen más amplia. Y eso fue lo que intenté con el proyecto de investigación llamado “Hasta que la Tierra Aguante”. Necesitaba, como periodista pero también como nieto de mi abuela Ana, comprender con ojos de extranjero qué había pasado en nuestro país, en sus recursos, agricultura e industria de la alimentación para que ya no cantaran los pájaros.



Según el propio Ministerio de Agricultura de España, en el año 2019 el país se convirtió en el tercer productor y exportador de frutas y verduras del mundo. Solo detrás de EE.UU. y China. Ese dato me detona una curiosidad y una necesidad de entender cómo un país geográficamente tan pequeño consigue ser medalla de bronce en la producción alimentaria mundial.

!!
Hasta qué punto se (sobre)explotan los recursos y los cuerpos para conseguir ese tercer puesto. La respuesta la encontraría en una ruta de más de 30.000 kilómetros por más de 20 provincias, recorriendo los focos de producción agrícola y ganadera de nuestro país. Los históricamente relevantes, como Jaén, Almería o Lleida, y los que están cobrando nueva relevancia como Málaga o Murcia.

Desde el primer momento, este proyecto ha tenido una profundidad y complejidad, no sólo por la cantidad de información y documentación que había que recabar para entender cómo nos alimentamos y cómo se produce lo que comemos y exportamos como país; sino también porque, al ser fotógrafo, hay que ponerle cara a la realidad, a sus protagonistas y a los lugares.

Y este último desafío ha sido y es, sin duda, uno de los grandes retos de este proyecto cultural: la falta de transparencia de una industria estratégica para la salud, el medioambiente y la economía de nuestro país.

A pesar de que mi propuesta siempre ha sido la de plantear preguntas, y no tanto respuestas, he encontrado una fuerte resistencia por parte de la industria a abrir las puertas para que la ciudadanía conozca el backstage de nuestra alimentación. Sin embargo, de principio a fin, la acogida ha sido muy diferente para aquellas personas que sufren las presiones de la agricultura industrial.

A lo largo de la ruta por la península, he comprobado la necesidad real de las personas que albergan los territorios y que conviven con la agricultura industrial de ser escuchadas. Y es aquí donde la comunicación, el periodismo y la cultura cumplen su principal objetivo de intervención: generar una plataforma, un espacio de expresión y debate para que aquellos sectores que apenas suelen estar representados en las agendas mediáticas o culturales puedan expresar sus realidades.

Yo sabía que este proyecto no se trataba de un reportaje breve; sino que tenía que estar estructurado en diferentes capítulos para poder abordar de manera narrativa y compleja la realidad agroalimentaria. Por ello, el proyecto se ha dividido en 3 grandes capítulos iniciales: "Ruta de la Soja", "Rojos Frutos" y "Muerte por envenenamiento". Y será, a través de estos 3 capítulos, desde donde contaré la experiencia y la intervención que ha tenido este proyecto en la sociedad y en sus protagonistas.



"Ruta de la Soja": de la selva al pueblo, de los puertos a las cocinas

Cuando empecé a estudiar la carne que comemos en nuestro país desde el grano que entra por el puerto, me encontré con el inicio una ruta, principalmente de la soja. España no produce ni la mitad de los cereales que necesita para alimentar a su propia cabaña ganadera industrial.

Desde los años ochenta, el país es deficitario en cereales. Todo, a pesar de ser el principal productor de carne porcina de Europa y tercero del mundo. Por ello, el círculo se cierra importando maíz y soja de América Latina y Ucrania, convirtiendo así a los puertos españoles en grandes embudos por donde entran millones de toneladas de cereales que se convertirán en piensos industriales.

Durante esta investigación he entendido que los puertos de Tarragona, Barcelona o Cartagena no son solo infraestructuras logísticas, sino el primer eslabón visible de una cadena mucho más larga. En Tarragona, el "tren de la soja" parte cargado de harina de esta legumbre hacia el interior peninsular. Los vagones avanzan hasta Huesca, Aragón, Castilla y León o Navarra.

Desde ahí, ese grano molido, del que apenas sabemos nada cuando nos sentamos a comer, se convierte en pienso para engordar cerdos y pollos en grandes instalaciones industriales, popularmente conocidas como macrogranjas, distribuidas por todo el país.

Mirar los mapas de comercio internacional y pisar esas tierras me hizo ver que la ruta de la soja no es una metáfora, sino una forma concreta de ordenar el territorio y las vidas. Por un lado, en origen: las organizaciones latinoamericanas denuncian la deforestación del Amazonas y el Cerrado brasileño debido al avance de los monocultivos transgénicos y el uso masivo de herbicidas como el glifosato para el cultivo de la soja. Por otro, en destino, las zonas rurales españolas se llenan de naves industriales, balsas de purines y camiones de pienso que complican y dañan la convivencia.

La selva y el pueblo quedan conectados por una economía que ve los lugares solo como soporte de extracción: de tierra, de agua y de cuerpos.

España se convierte así en una zona de sacrificio, en un eslabón intermedio para la producción de carne que, en un 65% será exportada a terceros países. En esta primera ruta, el proyecto "Hasta que la Tierra Aguante" no se limitó a documentar una infraestructura productiva; se fue convirtiendo, poco a poco, en un espejo incómodo para las comunidades afectadas y en una herramienta de articulación para las plataformas ciudadanas que ya existían o que estaban empezando a organizarse.

Una de esas historias es la de Ana y Pepe, en la huerta de Lorca, en Murcia.

Conocí a este matrimonio murciano en su casa familiar en la que llevaban medio siglo viviendo. Compartían techo con sus hijos y con Melchora, la madre de Ana. A menos de veinte metros de su ventana se levantaba una granja industrial de cerdos. El olor a amoníaco era tan intenso que muchas veces costaba mantener una conversación sin que se nos irritara la garganta. Las moscas lo ocupaban todo: la mesa del patio, la colada, etc. Salir al exterior para tomar el fresco se había convertido en una actividad de riesgo.

Durante la entrevista, Ana rompió a llorar varias veces. Me contó que había estado dos años de baja por depresión severa. Los médicos le recomendaban irse de su casa, pero vender una vivienda pegada a una macrogranja es casi imposible. “¿Quién me va a comprar esto?”, me preguntaba. Cada vez que removían los purines, Melchora sufría crisis nerviosas y respiratorias y terminaban en urgencias. Sus hijos dejaron de invitar a amigos, porque les avergonzaba recibir a alguien en un lugar donde no se podía ni abrir una ventana.

Aquella casa, que para ellos es sinónimo de arraigo y de memoria familiar, se había convertido en una especie de encierro involuntario. Ana decía algo que se repite en muchos de estos territorios: “Ya no reconocemos nuestra tierra. Todo está hecho para el dinero y se han olvidado de las personas que vivimos aquí”.

Este tipo de historias no se quedaban solo en mi libreta de notas o en una carpeta de fotografías. A medida que avanzaba el proyecto, empecé a comprender que el trabajo no terminaba cuando apagaba la grabadora. Al empezar a difundir estas historias en medios, charlas y espacios de debate, las imágenes y los testimonios de Ana, Pepe, Feliciano y tantos otros se convirtieron en herramientas concretas para las plataformas ciudadanas que luchan contra las macrogranjas.

En Murcia, Aragón o Castilla y León, colectivos como Stop Macrogranjas empezaron a utilizar parte de este material para reforzar sus argumentos, para explicar a vecinas y vecinos lo que estaba sucediendo y para presionar a las administraciones. Las fotografías de las balsas de purines ilegales, de las fuentes cortadas por contaminación o de las casas sitiadas por granjas industriales acompañaron informes técnicos y asambleas abiertas. En algunos pueblos, las proyecciones del proyecto sirvieron para que personas que no se conocían entre sí compartieran por primera vez el miedo a perder su agua o su salud mental.

En ese sentido, "Ruta de la Soja" no es solo un capítulo geográfico o temático. Es también un ejemplo de cómo la cultura visual y el periodismo de largo aliento pueden convertirse en un dispositivo de mediación entre distintos lenguajes: el de las comunidades rurales, el de las empresas, el de la administración y el del propio movimiento ecologista. Fotografía, datos y testimonios funcionan aquí como una traducción simultánea de conflictos que, de otro modo, quedarían encerrados en expedientes administrativos o en conversaciones frustradas debido al abandono social y político que sufre la España rural.



"Rojos Frutos": cuerpos y recursos que sostienen el mar de plástico

En la provincia de Huelva, los campos de fresas y frutos rojos se extienden hasta rozar los límites del Parque Nacional de Doñana, el mayor humedal de Europa. En Almería, el llamado "mar de plástico" se abre paso desde el litoral tierra adentro, hasta formar una piel continua de invernaderos.

En ambos lugares, la lógica es parecida: intensificación al límite de los recursos naturales y dependencia casi absoluta de mano de obra migrante. Son las macrogranjas de verdura que alimentan a medio continente y que esconden tras el plástico numerosas realidades y vulneraciones ambientales y sociales.

Las organizaciones ecologistas llevan años alertando sobre la excavación de miles de pozos ilegales en el entorno de Doñana, que han sobreexplotado el acuífero y provocado que muchas lagunas ya no se inundan como antes. A la vez, sindicatos y colectivos de base denuncian condiciones laborales que oscilan entre la precariedad extrema y formas de semiesclavitud.

En este capítulo, los protagonistas no son tanto los territorios en abstracto como las biografías de las personas que sostienen, con sus cuerpos, la promesa de fresas o tomates baratos en invierno en los supermercados europeos. Es el caso de Ibrahim, jornalero senegalés, que llegó en cayuco en 2006 y lleva más de 17 años trabajando bajo plástico por 25 euros al día. O Amadou, que compara la forma en que algunos jefes hablan de ellos con la compraventa de “burros”. También la historia de Ali, al que encierran en el invernadero cuando toca aplicar productos químicos, con el calor pegado a la piel y los pulmones irritados durante días.

Todas estas historias podrían haberse quedado en la crónica de lo terrible. Pero, de nuevo, el proyecto fue desplazándose desde la mera denuncia hacia la pregunta: ¿qué pasa después de que una historia se publique?, ¿qué ocurre con las personas que se han expuesto contando lo que viven?, ¿qué tipo de vínculo se establece entre el fotógrafo y las protagonistas?

En Huelva, una de las personas clave para responder a estas preguntas es Fátima. Ella empezó a trabajar en la fresa en 1997. Hoy arrastra cinco hernias discales, bronquitis crónica y la sensación de que su cuerpo envejeció décadas en unos pocos años. Pero Fátima no es solo una víctima de un sistema; es también una activista, una mujer que ha convertido su experiencia en una herramienta colectiva. Es presidenta de AMIA, la Asociación de Mujeres Inmigrantes en Acción, una organización local que acompaña a jornaleras en situaciones de explotación laboral, violencia machista o falta de acceso a la sanidad.

!! El encuentro con Fátima cambió la forma en que yo mismo entendía mi papel dentro del proyecto. Con ella no se trataba solamente de registrar un testimonio, sino de acompañar un proceso que ya estaba en marcha. A partir de la presentación y denuncia de algunas de sus historias e imágenes, AMIA empezó a recibir más atención mediática y apoyo social. Vecinas y vecinos de otras partes de España comenzaron a contactar para ofrecer pequeños donativos, apoyo legal o ayuda puntual con traducciones y gestiones. La asociación, que llevaba años trabajando en condiciones muy precarias, vio cómo su labor empezaba a ser reconocida fuera del círculo más cercano, gracias a la difusión que fue ganando "Hasta que la Tierra Aguante".

Con el tiempo, la relación se fue consolidando hasta el punto de que, cada vez que AMIA necesita denunciar una nueva vulneración de derechos, me llama para pensar juntas la mejor forma de comunicarlo. A veces se trata de redactar una nota de prensa que sintetice un caso concreto. Otras veces, de preparar una pequeña estrategia de medios: decidir a qué periodistas se puede acudir, qué lenguaje es más eficaz para explicar una situación que puede parecer inverosímil a quien nunca ha pisado un campo de fresas.



"Rojos Frutos", en ese sentido, es un capítulo que ha ido desbordando el marco de la investigación periodística para convertirse en una herramienta de apoyo a una organización concreta, en un espacio de reflexión donde las jornaleras deciden qué y cómo se cuenta. Esa relación de confianza también implica asumir los límites del propio trabajo: entender que la fotografía no puede sustituir a una inspección laboral, que un reportaje no paga un alquiler o arregla los papeles, o que una exposición por sí sola no cambia una ley de extranjería.

Pero también reconocer que, sin imágenes, sin palabras y sin relatos que circulen, muchas de estas realidades seguirían confinadas en los bordes del plástico, entre chabolas de madera y planchas de uralita que el viento se lleva cuando acaba la campaña.



"Muerte por envenenamiento": cuando la ciencia y el arte se dan la mano

"Muerte por envenenamiento", parte de una constatación incómoda: muchos de los productos químicos que hicieron y hacen posible la llamada "revolución verde" (el boom industrial que sufrió la agricultura a mediados del s.XX) siguen presentes en nuestros cuerpos y en nuestros territorios décadas después de haber sido prohibidos.

El DDT, el lindano, el glifosato u otros pesticidas y herbicidas forman parte de una historia que suele contarse en términos de modernización y aumento de la productividad, pero cuyo reverso son enfermedades crónicas, acuíferos contaminados y barrios enteros levantados sobre residuos tóxicos.

Sin embargo, lo que convierte a este capítulo en una pieza clave dentro de "Hasta que la Tierra Aguante" no es únicamente la acumulación de casos, sino la relación que se ha ido tejiendo con el equipo científico de la Universidad de Granada, encabezado por Marieta Fernández y Nicolás Olea. Ellos llevan décadas estudiando la presencia de disruptores endocrinos y otros compuestos químicos en la población española, recogiendo placentas en hospitales de todo el país, analizando muestras de orina de niñas y niños, siguiendo la pista de químicos agrícolas que apenas entendemos pero que afectan a nuestra salud de maneras profundas y, a menudo, irreversibles.

Cuando conocí su trabajo, tuve la sensación de que había una brecha enorme entre la potencia de la información que manejaban y la manera en que esa información llegaba —o no llegaba— a la sociedad. Sus estudios aparecían a veces en prestigiosas revistas científicas o en breves notas de prensa, pero difícilmente se traducían en un relato accesible para las personas que, sin saberlo, eran objeto de esa investigación. El capítulo "Muerte por envenenamiento" intenta tender un puente precisamente ahí: entre la frialdad de los datos y el calor de las vidas concretas.

A través de ellos comprendí mejor, por ejemplo, las consecuencias que tiene en la salud el que el glifosato (herbicida más usado en el mundo) esté presente en las muestras de orina de menores españoles, o cómo los disruptores endocrinos pueden influir en el desarrollo de un feto, adelantar una pubertad o aumentar el riesgo de determinados cánceres. Al poner en diálogo esos hallazgos con las historias de personas como Ivana —que vio cómo, en su barrio de Porriño, la gente empezaba a morir de cáncer de forma masiva—, el proyecto construye un hilo que va del microscopio al salón de una casa, del laboratorio a la cocina donde alguien abre el grifo sin saber qué hay exactamente en esa agua.

Con Marieta y Nicolás la relación ha ido más allá de la clásica entrevista entre periodista y fuente. A medida que avanzábamos, se fue construyendo una alianza de trabajo en la que las imágenes, los testimonios y los datos se alimentan mutuamente. Sus investigaciones apuntan líneas causales entre la exposición prolongada a ciertos pesticidas y enfermedades como el párkinson en agricultores. A partir de ahí, hemos empezado a trabajar juntos en un nuevo proyecto específico sobre párkinson y fitosanitarios, que busca hacer visible lo que muchas familias sospechan desde hace tiempo: que la enfermedad de un padre, un tío o un vecina no es solo cuestión de mala suerte, sino el resultado de un modelo agrícola que prioriza la rentabilidad inmediata frente a la salud a largo plazo.

En este cruce, "Muerte por envenenamiento" encarna de forma clara el espíritu de "Hasta que la Tierra Aguante": la cultura no solo como espacio para contar lo que la ciencia descubre, ni la ciencia sólo como garante de veracidad para un relato periodístico, sino una colaboración horizontal en la que cada parte revisa sus propios límites. La fotografía y la narrativa ayudan a que conceptos como "disruptor endocrino" o "herbicida probable cancerígeno" se encarnen en rostros, historias personales o colectivas, colmenas de abejas o las aguas de los ríos. La ciencia, a su vez, aporta la precisión y la prudencia necesarias para no caer en el alarmismo vacío y para sostener las denuncias en evidencias contrastadas.

Esa alianza ha tenido ya efectos muy concretos: charlas abiertas con vecindarios que, por primera vez, escuchaban de boca de una doctora qué significaban los resultados de sus análisis; encuentros entre organizaciones ecologistas, colectivos vecinales y personal sanitario; nuevas líneas de investigación que tienen en cuenta la dimensión social y comunicativa de los estudios. También aquí, el proyecto ha ido más allá de la mera representación, convirtiéndose en un mediador entre mundos que raramente dialogan en igualdad de condiciones.



Un proyecto cultural vivo

Cuando pienso en todo este recorrido, vuelvo inevitablemente a la pregunta de mi abuela: ¿dónde fueron a parar los pájaros? Hoy sé que la respuesta no cabe en una sola imagen ni en una estadística. Aquí una imagen no vale más que mil palabras. La respuesta tiene que ver con la forma en que producimos carne y fruta, con las sustancias que esparcimos sobre la tierra, con las decisiones políticas que priorizan determinadas industrias y con la manera en que miramos —o no miramos— los territorios y cuerpos que nos alimentan.

"Hasta que la Tierra Aguante" ha querido ser, desde el principio, algo más que una investigación periodística. Es un proyecto cultural que se ha ido estructurando en distintos formatos y dispositivos para poder acompañar mejor las conversaciones que abre. Una de las formas más visibles ha sido la exposición fotográfica, que permite poner en relación imágenes, textos y datos en un mismo espacio.

La exposición se ha mostrado ya en Madrid, en la sala EFTI, y en Zaragoza, en la galería Spectrum. Además, en junio del 2026 será expuesta en el nuevo espacio expositivo de la Fundación Carasso en Madrid, lo que abre una nueva oportunidad para seguir conectando públicos distintos: personas vinculadas al arte, al activismo, a la academia o, simplemente, ciudadanas y ciudadanos que se preguntan qué hay detrás del plato que comen cada día.

Paralelamente, en febrero de 2026 está prevista la edición de un libro que recoja todo el proyecto, financiado gracias al apoyo de Photographic Social Vision, WWF, la Sociedad Española de Agricultura Ecológica y Agroecología (SEAE) y la propia Fundación Carasso.

La particularidad del libro será, además, relevante como producto cultural: no será un libro cerrado, sino un estuche que contendrá impresos los tres primeros capítulos del proyecto —"Ruta de la Soja", "Rojos Frutos" y "Muerte por envenenamiento"—, pero que está pensado para crecer. Yo me comprometo a editar y publicar los siguientes capítulos en los próximos años, a medida que la investigación avance y que nuevas temáticas y conflictos vayan emergiendo. Esos nuevos cuadernillos se irán incorporando al estuche principal, que funcionará así como una especie de archivo vivo.

De esta manera, el proyecto no se presenta como una obra concluida, sino como un proceso en marcha que se deja atravesar por las transformaciones de la sociedad. La agroindustria cambia, las crisis ecológicas se agudizan, aparecen nuevas luchas y nuevas alianzas. El libro-estuche, lejos de congelar un momento, propone acompañar esos cambios y mantener abierta la conversación. Quien lo tenga en sus manos no tendrá solo un objeto que "documenta" una realidad, sino un soporte que invita a seguir completándolo, a estar atento a lo que vendrá.

Esta lógica de proyecto cultural vivo es, para mí, una de las formas más claras de entender qué significa hoy la cultura como herramienta de transformación social y territorial. No se trata únicamente de representar el mundo, sino de intervenir en él, de generar comunidad en torno a preguntas compartidas, de crear lenguajes comunes entre personas que, de otra forma, difícilmente se encontrarían.

Entre mi abuela y yo de zagal que dejamos de oír pájaros en el olivar, una jornalera marroquí en Huelva, un agricultor con párkinson en Huesca, un científico en su laboratorio y una estudiante que visita por primera vez una exposición sobre agroindustria, hay hilos invisibles que la cultura puede ayudar a tejer.

"Hasta que la Tierra Aguante" no ofrece respuestas cerradas. Más bien insiste en hacer preguntas incómodas: ¿qué modelo de alimentación queremos?, ¿qué coste estamos dispuestos a asumir y quién lo asume realmente?, ¿qué papel juega la ciudadanía urbana en estas cadenas de producción?, ¿qué responsabilidad tienen las instituciones culturales a la hora de visibilizar estos conflictos? En ese sentido, formar parte de Pensamiento Performativo es también una invitación a seguir pensando y actuando colectivamente, a entender que la cultura no es un lujo añadido al final de la cadena, sino uno de los lugares desde donde se disputan los futuros posibles de nuestros territorios.

Si hoy volviera a caminar con mi abuela entre olivos, probablemente seguiríamos sin escuchar tantos pájaros como antes. Pero tal vez podría contarle que hay personas organizándose para defender el agua de su pueblo, que hay jornaleras que se acompañan unas a otras frente a la violencia, que hay científicas y artistas trabajando juntas para que los venenos invisibles tengan nombre y rostro. Y que, a través del periodismo, la fotografía y la cultura estamos intentando que esas historias no se pierdan en el ruido de la actualidad, sino que encuentren espacios donde ser escuchadas, debatidas y, ojalá, transformadas en cambios reales.

Santi Donaire

Santi Donaire

Es fotógrafo documental y periodista. Desde hace más de una década desarrolla proyectos de largo recorrido centrados en la memoria democrática, el cambio climático y la defensa de los Derechos Humanos, combinando fotografía y vídeo para construir narrativas visuales comprometidas.

Ha colaborado con medios como National Geographic, El País, The New York Times, 5W y eldiario.es. Durante más de seis años trabajó como fotoperiodista en la Agencia EFE en Caracas y Madrid.

Su trabajo ha sido reconocido con el Premio Gabriel García Márquez (GABO, 2023) por su investigación sobre las fosas de la dictadura franquista en Paterna, publicada en National Geographic, y la Beca Joana Biarnés (2022), con la que inició *Hasta que la tierra aguante*. En 2021 presentó el documental *Aita Mari* sobre la crisis migratoria en el Mediterráneo.

En 2025 publicó *Punto Ciego* (PHREE), recopilatorio de ocho años de trabajo en las fosas comunes de Paterna, galardonado como Mejor Libro de Fotografía del Año (categoría primera publicación) por PhotoEspaña. En enero de 2026 publicará *Hasta que la tierra aguante* (PHREE), investigación visual sobre las consecuencias de la agroindustria en España.